

profetas judíos, tratando cada cual á su rival de falso profeta; hubo siempre querellas entre los impostores para saber en quién residía el privilegio de engañar á los hombres, (1).

La mayor censura que los libres pensadores dirigen á los profetas es por su lenguaje oscuro. Dejemos hablar al autor de las *Cartas á Eugenia*, atribuidas á d'Holbach, pero que valen mucho más que los escritos ampulosos y las divagaciones sin fin del barón alemán: "Cualquiera que examine sin prevenciones las profecías, esos pretendidos oráculos divinos, no encontrará nunca en ellas más que un guirigay ambiguo, ininteligible, absurdo, enteramente indigno de un Dios que tuviera el designio de instruir á su pueblo respecto al porvenir. No existe en toda la Sagrada Escritura una sola profecía bastante precisa para que sea literalmente aplicada á Jesucristo; para convenceros de esa verdad preguntad á los más sabios de nuestros doctores cuáles son esas profecías formales en las cuales ellos tienen la suerte de descubrir al Mesías, y no veréis más que explicaciones forzadas, figuras de sentido místico que traen con el objeto de hallar en ellas algo sensato que aplicar al Dios hecho hombre que nos hacen adorar, (2). Inútil es añadir que tal era la opinión de Voltaire, que profesaba gran respeto á Pascal, pero á quien los *Pensamientos* sobre las profecías le ponían fuera de sí: "En verdad, exclama, que las profecías que refiere se parecen tanto á Jesucristo como al gran Tamerlán, y, sin embargo, á favor de la vana apariencia de un sentido forzado, un genio como el suyo toma por linternas las vejigas: hé aquí á qué extremo pueden llegar los grandes talentos cuando la superstición ha corrompido su juicio, (3).

Si alguna profecía, dice Holbach, se encuentra verificada por los cristianos, es la de Isaías: "Escuchando oiréis, pero no comprenderéis., Entonces ¿para que hablar? Los apologistas no pueden negar la oscuridad de las profecías; pero como es Dios el que habla ese lenguaje ininteligible, es preciso que tenga razones para ello. Vamos á saber por qué habla en enigmas: Huet, el sabio obispo de Avranches, confiesa que leyendo las profecías

(1) *El cristianismo al descubierto*, p. 73.

(2) *Cartas á Eugenia*, en las *Obras de FRÉRET*, t. I, p. 89 y siguientes.

(3) VOLTAIRE, *Carta de 26 de Julio de 1733 á M. de Formont* (*Obras*, t. XLVI, p. 317).

una á una, dejan muchas dudas por causa de su oscuridad; hace falta reunir las y juzgarlas en conjunto para que lleguen á ser claras; de este modo, añadiendo la sombra á la sombra, las tinieblas á las tinieblas, obtendréis la luz. Hé aquí un milagro en forma de interpretación que confirma singularmente las profecías; este milagro no nos dice todavía por qué agrada á Dios hacer predicciones ininteligibles; las profecías, responde Huet, deben ser ininteligibles; si no ¿en qué consistiría el mérito de la fe? (1). Es preciso, pues, la fe para creer en las profecías y comprenderlas, y las profecías, al mismo tiempo, son las pruebas de la fe; hé aquí el contrasentido de que se pagan los apologistas; ¿cómo han de hacer fortuna entre los libres pensadores?

Sin embargo, grandes talentos se han ocupado del asunto; Pascal considera como axioma que las profecías deben tener dos sentidos; este es el ideal de la oscuridad; pero hay más: la oscuridad es premeditada, no para aumentar el mérito de la fe, como lo creía Huet, del mismo modo que si se tratase de iluminar á los Judíos. Dios quería, por el contrario, cegarlos, y para este laudable designio las tinieblas servían, naturalmente, mucho más que la luz (2). La explicación de Pascal nos deja un escrúpulo: si se tratase de un tirano cruel inclinado al mal, mejor aún, si fuese cuestión de un espíritu maligno que tuviese por misión perder á los hombres, comprenderíamos que no hubiera podido idear nada mejor; pero como es Dios el que inspira las profecías y las envía á su pueblo elegido, por de pronto se confunde nuestra razón y se turba nuestra conciencia, porque el Dios de Pascal es el tirano, el Satanás que acabamos de suponer, ¡y esta horrible invención del pensador cristiano tiende á probar que Dios ha enviado su Hijo á los hombres para salvarlos! ¡Para salvar á los cristianos condena á los Judíos! ¡Qué concepción de Dios, de su justicia y de su caridad!

Los deístas ingleses hacen otra objeción contra el doble sentido de las profecías: se comprende el sentido literal; pero ¿cómo comprender el que está oculto? Cada uno podría hacer decir á los profetas lo que quisiese: no, responden los apologistas que

(1) HUET, *Demonstratio evangelica*, p. 737, núm. 2: p. 742, número 6.

(2) PASCAL, *Pensamientos*, XVI, 9: XVIII, 4.

el caballero Boyles excitó creando premios para la defensa de la revelación. Un doctor, *Berriman*, nos va á decir para quién y por qué son oscuras las predicciones: "La significación de los tipos es oscura, porque debe serlo, para los *espíritus presuntuosos*, pero no lo es bastante para ser inútil á los *simples fieles*, (1). ¡Verdaderamente el caballero Boyle hubiera podido emplear mejor su fortuna! Los *espíritus presuntuosos* son los filósofos, los *fieles* son los simples de espíritu á los cuales promete Jesucristo el reino de los cielos; así pues, la fe crédula comprende mejor las profecías que la ciencia que duda; pero ¿quién enseña á los simples que las profecías mesiánicas se refieren al Salvador, cuando no se trata en ellas de salvador? ¿Será el catecismo? Hé aquí, pues, á qué se reduce la invencible demostración de las profecías: creed en la revelación porque lo ha dicho el cura.

Lo que disculpa á esos buenos apologistas es que realmente la *demonstración* estaba por encima de las fuerzas humanas: ¿cómo han de demostrar lo que es indemostrable? El padre de Laubrusselle sostiene que todo el mal proviene del *abuso de la crítica*; según esto el mejor remedio sería dejar á un lado la crítica para atenerse á la fe del carbonero. ¡Muy bien! Pero entonces ¿á qué vienen á reducirse las profecías, su oscuridad y su doble sentido? Oigamos la respuesta del docto padre: "Si Dios ha rodeado de oscuridades ciertas profecías, sólo son ligeras nubes que ha parecido elevar para disiparlas inmediatamente y dar á aquéllas más esplendor, (2). ¿Qué quiere decir esto? Si estas palabras tienen algún sentido, es que Dios ha hecho *oscuras* las profecías para que sean *claras*: he nos aquí en pleno galimatías; no falta más que la necedad. El abate *Bergier*, el único defensor que la revelación ha encontrado en último apuro en el siglo XVIII, nos va á decir por qué son oscuras las profecías antes de su realización: "Si fuesen claras, podrían intentar los hombres oponerse á ellas, cuando dependiese de su libre voluntad, (3). El abate olvida su catecismo: ¿no es Dios todopoderoso? Y ¿los hombres no son instrumentos en sus manos? Bergier compromete la presciencia de Dios

(1) *La necesidad de una revelación* (*Compilación Boyliana*, tomo VI, p. 364).

(2) DE LAUBRUSSELLE, *De los abusos de la crítica*, t. V, página 325.

(3) BERGIER, *Tratado de la verdadera religión*, t. V, p. 137.

así como su omnipotencia; ¿es que Dios, cuando anuncia el porvenir por la boca de los profetas, no prevé las libres acciones de los hombres?

Todos los apologistas, sin exceptuar el más grande de todos, Pascal, se esfuerzan en buscar razones para explicar la oscuridad de las profecías, sin ver que las profecías "son más claras que el sol"; así lo afirma Bossuet, con su aire de majestad, en la más majestuosa de sus obras, y concluye "que á no ser cegando, no hay medio de desconocer á Jesucristo, (1). De este modo las mismas profecías que Pascal declaraba oscuras, y de una oscuridad necesaria, providencial, las encuentra Bossuet más claras que la luz del sol: ¿á quién hay que creer? Es necesario decir que las profecías son al mismo tiempo claras y oscuras, formando un claro oscuro que no puede ser más favorable á los defensores del cristianismo; solamente se requiere una condición en los lectores ó auditores, que los crean bajo su palabra; cuando se desvanece la fe, en vano se intenta reanimarla con la ayuda de la profecías, pues el remedio no hace más que aumentar el mal.

Eso es lo que sucedió en el siglo XVIII. Cuando Voltaire comparó las profecías con las cosas que habían venido á anunciar prorrumpió en una carcajada: "Tal vez no sabéis, dice, que el nacimiento, la vida y muerte de Jesucristo han sido predichos por todos los profetas judíos; por ejemplo: vemos claro como el día cuando un Isaías dice setecientos ó mil años antes del nacimiento de nuestro Dios: una joven ó mujer va á tener un hijo que comerá manteca y miel y se llamará Manuel; esto quiere decir que Jesucristo sería Dios; dicese en una de nuestras historias que Judá sería un león que se arrojaría sobre su presa, y que la Virgen no saldría de los muslos de Judá hasta que apareciese Shilo; pues todo el universo confesará que cada una de esas palabras prueba que Jesucristo es Dios. Estas notables palabras: *ata su asno á la vid*, demuestran superabundantemente que Jesucristo es Dios, (2). Voltaire no ríe siempre; su indignación estalla cuando ve demostrar á Pascal que las profecías deben ser oscuras. "¡Qué respuestas de charlatanes y de fanáticos! ¡Pues qué!

(1) BOSSUET, *Discurso sobre la historia universal* (*Obras*, t. IX, páginas 164-165).

(2) VOLTAIRE, *de la Paz perpetua* (*Obras*, t. XXVI, p. 48).

¡si Dios hablase por la voz de un profeta á quien inspira no había de hablar claramente! ¡El Dios de la verdad no había de explicarse más que por equívocos propios de la fábula!», (1).

## III

Los apologistas ortodoxos no probaban más que una cosa: que las profecías son un fundamento ruinoso para el cristianismo; se comprende que en el campo reformado se apresurasen á abandonarlas con tal de salvar el edificio. Ya en el siglo XVIII dió Grocio ese consejo, y Semler, ya lo hemos dicho, abundó en los mismos sentimientos; el propio instinto se manifestó en Inglaterra, y, cosa curiosa, los primeros que desecharon la prueba demostrativa de la revelación fueron los salvadores; lo hicieron de mala gana, pero la necesidad les apremiaba imperiosamente: ¿cómo deshacerse de las profecías, cuando los Evangelios las invocan á cada página y cuando los defensores del cristianismo se apoyaban en ellas como en una roca? Las mismas dificultades se encontraron para desembarazarse de esa incómoda prueba que se habían tenido para explicarla. «Los milagros solos, dice un doctor anglicano, demuestran la revelación; si los evangelistas citan las predicciones del Antiguo Testamento, es por vía de *alusión* ó de *complacencia*, sin pretender por ello dar una prueba, sino en un sentido distinto y místico», (2). Así es que las profecías son y no son una prueba, es decir, que esas pretenciosas predicciones mesiánicas no desempeñan más que un papel secundario; por haberse querido elevar demasiado alto, hasta el cielo, Dios las ha rebajado. ¡Que no aprovechen la lección los teólogos!

Un obispo, el doctor Sherlock, entró en la lid y escribió un tratado en dos volúmenes sobre el uso y fines de la profecía; era un cristiano sincero, y no carecía de previsión; desde su primer discurso arroja las profecías al agua para salvar la principal carga, y, sobre todo, la tripulación; porque ¿qué iba á ser de los obispos si no hubiese revelación? El prelado afirma que no son las profecías el argumento por excelencia de la revelación cristiana. Bossuet había afirmado lo contrario con un tono

(1) VOLTAIRE, *de la Paz perpetua* (Obras, t. XXVI, p. 53).  
(2) *Compilación Boyitena*, t. II, p. 430 y siguientes.

más decidido todavía: ¿á quién hay que creer? ¿Al obispo de Meaux ó al de Londres? Crece nuestro apuro cuando vemos á los dos campeones invocar la sagrada Escritura. El obispo anglicano sostiene que San Pedro habla de profecías como de una débil luz que debía servir solamente hasta que él trajese otra más grande. El obispo francés cita las palabras del príncipe de los apóstoles, que dicen claramente que San Pedro colocaba la autoridad de las profecías por cima de todas las demás pruebas; pero hay acomodamientos con la Sagrada Escritura; el doctor inglés interpreta la Epístola de San Pedro á su manera, y prueba maravillosamente que cuando el apóstol dice que la palabra de los profetas es muy firme y que es preciso unirse á ella, quiere decir que *no es sólida* y que *no hace falta apoyarse en ella*. La demostración es luminosa (1).

Á pesar de su talento de intérprete, no puede el obispo de Londres arrancar de los Evangelios las profecías; ¿qué hacer de ellas? Él es de la opinión de Semler. «Las profecías, obra de escritores judíos, están destinadas á los Judíos, y no son buenas más que para ellos. ¿Qué nos importa á nosotros, cristianos, que el Hijo de Dios haya sido predicho por Judíos? ¿No tenemos nosotros los milagros y la resurrección? Las profecías son pruebas superabundantes sin las cuales podemos pasarnos», (2). Esto se llama batirse en retirada; si las profecías probasen para los Judíos, también deberían probar para los cristianos; en cuanto á los milagros, no demuestran la divinidad de Cristo más que la de Moisés; y si las profecías no prueban la revelación más que para los Judíos, preciso es decir que Dios se ha tomado un trabajo inútil; en efecto, ellos han permanecido incrédulos á despecho de las predicciones mesiánicas; pero ¿quién ha enseñado á los apologistas del siglo XVIII que no estuviesen hechas las profecías más que para los Judíos? Los Evangelios en que se hallan citadas como testimonios están escritos en griego y se dirigen á los Griegos, por mejor decir, á todos los Gentiles. ¿Para qué, pues, Jesucristo, ó los que refieren sus palabras, invocan sin cesar las profecías? Diríase al leer los Evangelios que están escritos únicamente para hacer constar que todas las acciones de Cristo, todos los acontecimientos de la

(1) SHERLOCK, *El uso y los fines de la profecía*, t. I, p. 17 y siguientes (trad. de LE MOINE).  
(2) SHERLOCK, *El uso y los fines de la profecía*, t. I, p. 71-77.

vida, hasta los menores, han sido predichos; este incesante llamamiento á las profecías debe tener algún fin; si no es como testimonio de la revelación, ¿para qué los cita Jesucristo á cada instante? ¿Por qué todavía, después de su resurrección, cuando sus discípulos se habían entregado á la desesperación, procura convencerlos de que las profecías habían predicho su muerte?

El obispo inglés responde que las profecías y su cumplimiento sirven para probar que Jesucristo ha dicho verdad al asegurar que él era aquel que los profetas habían predicho, y que por aquí se encuentra igualmente demostrada la verdad de los Evangelios (1). Esta es una última tabla de salvación para salvar al menos el nombre y las apariencias de las profecías; pero no hay salvación posible; el naufragio es inevitable, y en él se sumergirán juntamente las predicciones mesiánicas, los Evangelios y la revelación. ¿Qué se ha de pensar, en efecto, de los evangelistas, de los profetas y de Jesucristo, cuando se ve que los pasajes de los escritores hebreos, citados á título de predicciones, no tienen nada de común con los hechos que predicaban? Si un escritor profano procediese así, se le censuraría que citara en falso, y las profecías mesiánicas serían entonces falsas citaciones: la acusación es demasiado grave y demasiado pesada, si es fundada, para que dejemos de presentar nuestros testimonios.

San Mateo refiere que, advertido José en un sueño por un ángel, huyó á Egipto con el niño Jesús y su Madre, para escapar de las crueles órdenes de Herodes, permaneciendo allí, según el evangelista, hasta la muerte del rey, á fin de que se cumpliese lo que el Señor había predicho por el profeta: YO LLAMO Á MI HIJO DE EGIPTO (2). En vano se busca un profeta que haya predicho que el Mesías se refugiaría en Egipto y que el Señor le llamaría para salvar la raza de Israel; hé aquí, pues, una predicción mesiánica que es evidentemente falsa; ¿cómo la ha encontrado San Mateo? Violentando los textos, como hacen los intérpretes ortodoxos; el pasaje que cita es del profeta Oseas, pero no se refiere á Cristo, porque en todo el capítulo, en los dos precedentes y en los dos que siguen, no se trata de Mesías; Oseas habla del pue-

blo de Israel para hacer sentir á los Judíos su ingratitude hacia un Dios que les había colmado de beneficios, poniendo el profeta en la boca del Eterno estas palabras: *Cuando Israel era niño, yo le amaba y llamaba á mi hijo fuera de Egipto*; Bossuet confiesa que, según la apariencia de la letra, ese pasaje se refería á la salida de Egipto del pueblo de Israel; pero, dice, el Espíritu Santo nos enseña que ha sido su designio que, para expresar ese rescate, el profeta se sirva de una expresión que conviene expresamente al Hijo de Dios (1). Si el Espíritu Santo nos enseña eso, es un malísimo intérprete; ¿quién, pues, ha de creer que cuando en el primer versículo se trata del pueblo de Israel, se refiera el segundo hemistiquio á Cristo, aunque el sujeto sea siempre el mismo? ¿Debe justificar la palabra Hijo esa manera arbitraria de explicar la Escritura? Esa expresión se encuentra además en los libros santos para designar al pueblo de Israel (2); quede, pues, sentado que la profecía de Oseas es una mala interpretación; ¡sin embargo, Bossuet halla las profecías claras como la luz! Confesemos que la fe es un prisma maravilloso que hace ver lo que no existe más que en la imaginación del creyente.

Después de haber referido San Mateo la matanza de los inocentes, añade: «Entonces se cumplió lo que había anunciado el profeta Jeremías en estos términos: *Un grito ha sido oído en Roma de llantos y prolongados gemidos, la voz de Raquel llorando á sus hijos, y no quiere consolarse, porque no existen ya*», (3). Cuanto más se busca en Jeremías esa pretendida predicción, más hay que admirarse de ver que no se refiere al Mesías. Habla el profeta de la desolación del pueblo escogido, cuando desde su destierro se oían en Roma, donde estaban reunidos los Israelitas deportados, las lamentaciones de las mujeres de Bethleem, situada á una distancia de muchas leguas; ¿qué tienen de común esas palabras con el Mesías? Ni más ni menos que con el gran Tamerlán, dice Voltaire.

Diríase que San Mateo ha querido acumular en un mismo capítulo testimonios que atestigüen la ineficacia de las profecías mesiánicas, y cuenta, en último término, que José, á su regreso de Egip-

(1) BOSSUET, *Elevaciones sobre los misterios*, XIX, 2 (Obras, tomo III, p. 657).  
(2) STRAUSS, *Das Leben Jesu*, t. I, p. 275 y siguientes.  
(3) SAN MATEO, II, 17-18.

(1) SHERLOCK, *El uso y los fines de la profecía*, t. I, p. 77-82.  
(2) SAN MATEO, II, 15.

to, temiendo al hijo de Herodes, que reinaba en Judea, se retiró á Galilea y moró en la ciudad llamada Nazaret, á fin de que se cumpliera lo que habían predicho los profetas: *Será llamado Nazareno* (1); al decir del evangelista, estas palabras deberían encontrarse en muchos profetas; pues bien, no se encuentran en ninguno: hé aquí, pues, una profecía mesiánica tomada al vuelo, y que, sin embargo, según Bossuet, es más clara que el día; ¿es en esos fundamentos imaginarios donde descansa la revelación?

Todavía hay otra profecía en que están alterados los hechos, sin embargo de ser el Espíritu Santo quien la ha dictado. San Lucas refiere que en aquellos días se ordenó, por edicto de César Augusto, que se hiciese el catastro de los habitantes de toda la tierra; primer hecho inventado: no hubo nunca catastro general; el evangelista nos enseña luego que el censo fué hecho por Cyreno, gobernador de Siria; segundo hecho imposible: en la época en que eso hubiera debido acaecer, según San Mateo, la Judea estaba á la sazón gobernada por Arquelaos, rey nacional, y por tanto los magistrados romanos no tenían allí ninguna autoridad; en fin, se ha dicho que todos los Judíos iban á hacerse inscribir cada cual en su ciudad, y que José también fué á Bethleem, *la ciudad de David*, con María, su esposa, que estaba en cinta; tercer error: entre los Romanos, cada cual era inscrito en la ciudad en que residía y no en la de su naturaleza. ¿Por qué ha alterado los hechos el evangelista ó por qué los ha inventado la tradición? Porque había una profecía formal que anunciaba que el Mesías debía nacer en la ciudad de David (2), y era preciso llevar allí á María, y para llevarla se necesitaba acomodar los hechos á la profecía (3).

Se ve que las profecías se hacen casi como los milagros; lo curioso es ver á Bossuet tomar al pie de la letra esos cuentos, y extasiarse con que el gobierno de la Providencia realiza tantos prodigios para que sirvan de testimonio á la divinidad de Cristo. Opónese tan frecuentemente el nombre de Bossuet á los libres pensadores, acusándoseles tan á menudo de no ser de su opinión, que no estará demás poner de manifiesto á ese gran genio en fla-

(1) SAN MATEO, II, 23.

(2) SAN LUCAS, II, 1-5.—MICHEE, V, 1.

(3) STRAUSS, *Das Leben Jesu*, t. I, p. 242-250.

grante delito de error, y por cierto sobre un punto capitalísimo, puesto que se trata de la revelación. Dejémosle hablar: "¿Qué hacéis, príncipe del mundo, poniendo en movimiento todo el universo para formar un registro de todos los súbditos del imperio? Queréis conocer la fuerza, los tributos y los soldados futuros de vuestro imperio, y comenzáis, por decirlo así, á registrarlos; eso ó algo semejante es lo que pensáis hacer; pero Dios tiene otros designios que los que ejecutáis vos, sin pensar en ello, por vuestras miras humanas. Su hijo debe nacer en Bethleem, humilde patria de David; lo ha hecho decir así por su profeta más de setecientos años há, y hé aquí cómo se reúne todo el universo para que se cumpla esa profecía," (1).

Magnífico lenguaje; pero cuanta más majestad hay, más ridículo aparece, si se compara tanta pompa con la realidad. Bossuet explica los designios de Dios como si hubiera asistido á sus consejos; esto no es presunción: abonan en su favor la palabra de Dios y el Evangelio, que al fin es también una palabra divina; ahora bien, encuéntrase que todas esas palabras de Dios no son más que un vano sonido de palabras; que los hechos son falsos ó alterados, y que la profecía es imaginaria ó aplicada en contrario sentido en el evangelista; ¡y todo ese conjunto de falsos, de sueños vacíos y de tradiciones ficticias es, según Bossuet, la prueba por excelencia de la revelación! ¡Prueba más clara que la luz del sol! En verdad que Grocio, y después los anglicanos, tenían razón para desconfiar de esa prueba tan evidente; porque si alguna vez la evidencia se vuelve contra los que se prevalecen de ella, es ciertamente la evidencia de las profecías mesiánicas; lo que pretende ser fundamento se derrumba con el edificio sobre él fundado. Los reformados estaban mejor inspirados; Semler tenía razón para decir que no era preciso confundir el cristianismo con las profecías mesiánicas, y hacía bien aun en desechar los milagros para salvar la esencia de la religión cristiana; es necesario ir más lejos todavía, repudiando las profecías, los milagros y hasta lo sobrenatural; los protestantes continúan adorando la moral evangélica como un ideal que la humanidad no traspasará jamás. Hay libres pensadores que se expresan del mismo modo. ¡Con-

(1) BOSSUET, *Elevaciones sobre los misterios*, XIV, 5 (*Obras*, tomo III, p. 610).

traste singular del espíritu humano! Si Jesucristo se ha creído el Mesías, y se ha engañado diciendo que las profecías mesiánicas se habían realizado en su persona, prueba de que era hombre, y como tal, sujeto al error; luego ¿cómo un ser falible había de enseñar una doctrina perfecta? Al desechar las profecías y los milagros, hay que desechar la idea de una verdad divina, absoluta.

### § III.—Los milagros.

#### N.º 1.—¿Qué es un milagro?

Los teólogos y los filósofos, dice Bergier, no están de acuerdo sobre la definición del milagro, ni los teólogos mismos se entienden entre sí; ¿es esta desidencia poco esencial, como pretende el apologista francés? Esto es lo que vamos á ver; hagamos constar ante todo lo que Bergier, el único defensor de los milagros del siglo XVIII, piensa de esos prodigios: "Unos dicen que el milagro es un efecto visiblemente contrario á las leyes y al curso ordinario de la naturaleza; otros, que es una acción superior á las fuerzas naturales de aquel que la opera; algunos le llaman excepción real y visible de las leyes de la naturaleza, una suspensión ó cambio sensible en el curso de la naturaleza; otros, efecto superior á las fuerzas de los agentes naturales. Estas nociones no difieren más que en los términos; las fuerzas de la naturaleza están limitadas por las leyes mismas de la naturaleza; luego toda acción superior á las fuerzas de los agentes naturales es contraria á las leyes de la naturaleza." Así, pues, el milagro es un acto sobrenatural contrario á las leyes de la naturaleza, y Bergier añade que el milagro, interrumpiendo las leyes ordinarias de la naturaleza, no significa que queden suspendidas todas las leyes físicas; suspende solamente el efecto de una ley particular en su aplicación á un cuerpo determinado. "Cuando Dios se apareció á Moisés en un zarzal ardiendo, cuyo fuego no se consumía, no quitó al fuego en general la fuerza de quemar la leña; no lo hizo más que para el fuego particular que abrasaba al zarzal," (1).

¿Son posibles los milagros así entendidos? Todos los libres pensadores del siglo XVIII respon-

(1) BERGIER, *Tratado de la verdadera religión*, t. V, p. 33-35.

den que no; Espinosa, su jefe, fué el primero en negar la posibilidad de los milagros; en su sistema filosófico, esto se comprende muy bien; el milagro supone un Dios distinto de la naturaleza, un Dios que ha hecho la naturaleza y sus leyes y que puede también deshacerlas; ahora bien, como para Espinosa Dios y la naturaleza no forman más que un ser, y las leyes de la naturaleza y los decretos de Dios son idénticos, el milagro viene á ser una cosa absurda. Dice el filósofo holandés: "Si se produjese un fenómeno contrario á las leyes generales de la naturaleza, sería igualmente contrario al decreto divino, á la inteligencia y á la naturaleza divinas; del mismo modo, si Dios obrase contra las leyes de la naturaleza, obraría contra su propia naturaleza, lo cual sería el colmo del absurdo, y, en conclusión, no sucede nada en la naturaleza que sea contrario á sus leyes universales; todo lo que sucede se hace por la voluntad de Dios y su eterno decreto; en otros términos, todo lo que sucede se hace siguiendo leyes y reglas que implican una necesidad y una verdad eternas, cuyas leyes y reglas, aunque no las conozcamos siempre, las sigue invariablemente la naturaleza, sin separarse nunca, por consecuencia, de su curso inmutable. Si no sucede en la naturaleza nada más que lo que resulta de sus leyes, si esas leyes abrazan todo lo que el entendimiento divino en sí mismo es capaz de concebir, y si la naturaleza guarda eternamente un orden fijo, es consiguiente que un milagro no puede estar al alcance ni á la vista de los hombres, y no significa nada más que un acontecimiento del cual los hombres, ó al menos aquel que refiere el milagro, no pueden explicar la causa natural por analogía con otros acontecimientos semejantes que no tienen la costumbre de observar," (1).

El punto de partida de este razonamiento es la identidad de la naturaleza y de Dios, es decir, el panteísmo; pero puede mantenerse aun desechando el principio. Dios es distinto de la naturaleza, pero las leyes que la ha dado no son menos fijas é inmutables, lo cual destruye la idea de una excepción; en este sentido niegan los milagros los filósofos del siglo XVIII. No hay para qué hablar de los materialistas; Holbach no admite más Dios que las leyes eternas de la naturaleza; es casi el

(1) ESPINOSA, *Tractatus theologico-politicus*, c. VI (trad. de SAISSET)